

## FRAY FRANCISCO BURGOA, O.P.

Oriundo de la ciudad de Oaxaca, en donde nació en 1600. Falleció en Zaachila en 1681.

Destacóse por sus estudios dentro de la Orden de Predicadores que le nombró Provincial y Definidor en Roma. Ocupó varios curatos y escribió, a más de sus obras capitales, otras varias piadosas.

Los títulos de sus libros más importantes son: *Palestra Historial de virtudes y ejemplares apostólicos*, que publicó en 1670, y la *Geográfica Descripción de la parte Septentrional del Polo Artico de la América y nueva Iglesia de las Indias Occidentales y sitio astronómico de esta Provincia de Predicadores de Antequera, Valle de Oaxaca, etc.* (Impresa en 1674). Ambas obras fueron reeditadas por el Archivo General de la Nación, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1934 (Publicaciones del Archivo General de la Nación XXIV, XXV y XXVI), la *Palestra* en un volumen y la *Geográfica Descripción* en dos.

Su obra más bien hagiográfica, pero con riquísima información acerca de la zona oaxaqueña ha sido estudiada por José Antonio Gay en su *Historia de Oaxaca* y por don Manuel Martínez Gracida, así como por Carriedo en sus *Estudios Históricos y Estadísticos*; por Esteban Arroyo, *Fray Francisco de Burgoa, cronista oaqueño del siglo XVII*, Oaxaca, 1954. Andrés Henestrosa en su *Alacena de Noticias* le ha dedicado desde fines de 1964 bastante atención que bien merece.

Fuente: Fr. Francisco Burgoa. *Palestra Historial*. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1934. XVI-609 p., ils., (Publicaciones del Archivo General de la Nación XXIV.) (Escribióla tal vez en 1680.) p. 124-127 y 128-131.

### VIDA DEL SIERVO DE DIOS FR. ALONSO LOPEZ

Entre muchos que pasaron a estas Indias a probar fortuna de la mucha que se prometían en España, de los frutos de oro, y plata de estos reinos recién conquistados fue uno Alonso López natural de Fuente de Cantos en la Extremadura, hijo de cristianos viejos labradores, que con el sudor de su rostro sustentaban su familia, y con este ejercicio criaron al hijo tan nacido para el arado, y aguijada, que el cuerpo, talle y disposición tenían tanta uniformidad, que más parecía nacido de alguna pizarra, que de aldeana racional. Pasó de edad

competente para llevar los trabajos de la solicitud en buscar bienes temporales, y como para conseguirlos es menester la experiencia, y manejo de tratos, y contratos, o práctica de algún oficio, y el suyo era la labranza, que acá con tanta facilidad, y a menos costa ejercen los indios, reconoció era sobrado, y que se hallaba inútil, para poder pasar la vida, y menos se hallasen las riquezas en las calles, ni campos como algunos se han persuadido. Era ya de treinta años sin saber leer, ni escribir (caso raro) y vacilando sobre el medio de volverse a cultivar los eriazos de su tierra, o aprender en esta algún modo honesto de vivir sintió impulsos de ser religioso, y con singular inclinación de nuestra Orden de Predicadores, y lo que más, que por el instituto pide sujetos letrados, y de mucha capacidad, y celo para cumplir con el oficio, y disponerse desde la niñez a labrar el ingenio con estudios, y buenas costumbres, y sin reparar Alonso López en su tosco estilo, y grosero natural para emprender obligaciones, que tanto repugnaban al estado, y incapacidad en que se hallaba sin poderse resistir a los llamamientos de Dios que cada hora eran más eficaces se fue a nuestro Convento de Oaxaca donde se hallaba, y con una santa llaneza se entró por las puertas del Prior y sin períodos de cortesía, ni preámbulos de quien iba a pedir, le dijo que quería ser fraile de misa. Era en aquella sazón Prior el venerable P. Fr. Juan de Olmedo, docto y santo como hijo de aquel Oráculo de virtudes, y letras, San Esteban de Salamanca de donde vino a predicar, y enseñar a estas naciones. Como el prudente Prelado advirtió la sencillez y buen espíritu del pretendiente aunque tan disforme, y rústico, preguntóle qué había estudiado, y respondióle que nada, volvió diciéndole: —y es buen escribano, y el mozo satisfizo—: ni leer, ni escribir sé, a que el Prior salió despidiéndole de su pretensión con estas razones: hijo esta Religión tiene por oficio enseñar y alumbrar a otros, y en especial en estos reinos donde tenemos tantas almas a nuestro cargo, y donde la ciencia se ejercita con más estudio, para desterrar tantas tinieblas de errores en que se han hallado estas gentes, y con venir de España tantos hombres doctos, nos ponen los casos que cada día tocamos con las manos en grandísimo cuidado de estudiar para no errar, y despeñarnos ciegos con ellos, V.M., es ya crecido, y falto de toda suficiencia, y esperanzas para estudiar, y en este convento como recién fundado con poca disposición de darle estudios, y en-

señarle el A.B.C y supuesto que el espíritu que le trae es de servir a Dios en esta Religión, vea si quiere el hábito de religioso lego, que es más conforme a su edad, y disposición, y acudiendo a los ejercicios antes de servir en las oficinas para probar su perseverancia le examinaremos en la Doctrina Cristiana, y en el Capítulo del convento con parecer de todos le recibiremos. El mozo replicó, y así aquella vez, como otras que continuó en la petición porfiaba en que había de ser fraile de misa, y reparó el Prior, y otros padres ancianos en que debajo de aquella corteza campesina resplandecían unos visos de grande virtud, y paz interior de su ánimo del buen Alonso López, y que el fondo, resalía como entretela por el bruto sayal, y que decía más el sujeto en lo que se disimulaba, que inculto se mostraba, y como movido de numen superior le dijo un día al Prior con su natural bondad, apostemos padre que si me da el hábito de misa que en el año del noviciado, que aprendo a leer, y escribir, y la Gramática muy bien, y si no la supiere entonces me dará el hábito de lego, vea Su Reverencia, que quiere que apostemos, y más que gano yo; admirábase el muy religioso, y atento Prelado de la pureza de corazón, y confiriendo el dicho con otros padres, todos se inclinaban con una fuerza interior, a que le diesen el hábito del coro con aquella condición, y todos deseaban tenerle en su compañía. El Prior estaba más aficionado al sujeto, y recibido con grande gusto de los conventuales le dieron el hábito, y al punto dio muestras de la grande integridad de su espíritu, y se aseguraron, era la mano de Dios la que había traído aquel mozo a su compañía; luego trató de que le dieran quien le enseñase a leer, y escribir, y fue con tanta brevedad, que en sólo tres meses, salió tan lindo escribano que se aventajaba a todos los del convento, diéronle quien le leyese Gramática, y en otros seis meses era tan buen latino, que podía leerla a otros, y estos sin faltar a tomar de memoria el rezado menor de Nuestra Señora, el oficio de Difuntos, y el Psalterio de David, y cuando llegaron a recibirle de suficiencia sabía las Epístolas de San Pablo y sobre todo crecía más en la humildad, recogimiento y oración, de suerte que en ella parecía le comunicaba, e infundía Nuestro Señor tan rara habilidad con tan fecunda memoria, y todos atribuían a que era cosa sobrenatural, y que a promesa en que se había empeñado para que le dieran el hábito no pudo confianza humana, en quien jamás había experi-

mentado en estudio alguno su ingenio, ni tan mirados y celosos padres se hubieran vencido a recibir contra nuestras Leyes y Constituciones a nuestra Religión, y a un hombre tallado, de treinta años, rústico, y tan mal formado menos que con inspiración del cielo, y fue demostración para entenderlo así, ver después efectos tan sin ejemplar, y que lo era ya fray Alonso de modestia, abstinencia y en todo género de maceraciones, y mortificación el primero, empleando sus buenas fuerzas en mayores penitencias, silencio, y rigurosos ayunos, quitándose aun de la moderación de la comida la que le daban en el refectorio, siendo para el más pequeño, el más rendido, supliendo los oficios, que le parecían más bajos, y penosos para su hermanos. Con esta aprobación le dieron la profesión, y porque las esperanzas grandes, que en todos se había merecido de su profundo ingenio se lograsen con el ejercicio de mayores estudios, trataron los superiores de enviarlo a México, donde como cabeza de la Provincia, atenciones de una Corte, y emulación de la Universidad, descubriese aquel talento los muchos quilates de que Dios le había enriquecido, y que en un metal tan bronco había depositado más subido, el oro de ingenio, que en la juventud más disciplinada.

Salió de Oaxaca, para México en compañía de otro religioso corista, a pie, con la pobreza, y desabrigo que entonces obligaba el fervor de la observancia, y luego trataron del modo que habían de tener en la puntualidad de sus Constituciones sin faltar en los conventos do llegasen de la secuela del coro, y donde no hubiese comunidad lo formaban los dos de las iglesias, o ermitas do se hallaban sin faltar a continuarle caminando por los campos, montes y ríos, rezando salmos e himnos. En la abstinencia, y ayunos iban tan ajustados, como lo habían estado en la estrechez del convento, y reparando que era forzoso llegar a algunas casas de beneficiados clérigos, o religiosos de otras órdenes, que hay por el camino, le dijo al compañero: hermano mío, vamos prevenidos para que si en alguna ocasión nos hicieren caridad de obligarnos a comer en sus mesas las personas a do fuéremos a parar que con la humildad que debemos, agradezcamos el beneficio, pero con la obligación de nuestra profesión, e Instituto no habemos de probar carne disimulando cuanto fuere posible este cuidado a los ojos de todos con el pan, o fruta, o legumbres, que se pusieren, lo cual observaron con mucho gusto y consuelo contentándose en los pueblos con salir a pedir de limos-

na unos huevos, o chiles, y algunas tortillas, que era lo más ordinario. Sucedió que llegaron a Tepeaca cansados del sol, que por aquellos llanos pelados, hiere con más fuerza, y era después de medio día, y como hay allí convento de nuestro padre San Francisco, fueron derechos a él a reconocer al Prelado como si lo fuera propio, y recibir su santa bendición, y recogerse aquel día a su abrigo. El guardián era hombre grave de mucho espíritu, y necesariamente de cumplida caridad, luego que vido dos religiosos nuestros, mozos, y con traje, y semblantes de tanta modestia, y ejemplo, distraídos de color, y acezando del quebranto, agasajóles amorosamente, y sabiendo que no habían comido, mandó matar una ave, y que se la asasen a los huéspedes. Llegó la hora de que estuviese dispuesta, y llevándolos al refectorio con algunos conventuales, que los acompañaban les hicieron sentar poniendo la ave asada delante con salsa de pimientos, pan y fruta, y dada la bendición por el Superior, empezó el padre Fr. Alonso a despedazar la ave al parecer con buenas ganas, y partiendo el compañero empezaron los dos a mojar el pan en la salsa, y comer de ella, y hacer que llegaban la carne a la boca, y divertirla a los gatos por debajo de la mesa. El guardián atendió con más cuidado el disimulo, y rigor de los huéspedes, y compungido de ver dos religiosos mozos fatigados con la necesidad de regalo, que asomaba en lo macilento del rostro, y por unas leyes, que sin culpa alguna se podían omitir, en aquella ocasión, y que era tal que cuando tuviera más gravamen la necesidad las dispensaba, y admirado como edificado prorrumpió dándoles las gracias de su observancia en las Constituciones de su estado, y mandó les trajesen unos huevos; aquí sí creció la mortificación con la vergüenza de ser entendidos, empezóse el padre fray Alonso a sonrosar de turbado, y su humildad a valerse del aprieto de aquel lance, excusándose con tanto encogimiento, que cuando procuró con razones manifestar su fragilidad y relajación, tanto más confirmaba la opinión de su modestia, y virtud con aquellos religiosísimos padres, procuró salir presto para excusar de las honras, que le hacían, y al huir del cuidado, que ya se tenía con su persona, y el verdadero humilde siempre mira a la alabanza como enemigo de rebozo, que debajo de capa de lisonja destoca, y hiere en lo más vivo de la conciencia, que ésta sola se asegura con los muros del conocimiento propio, y debiendo ser este conforme a la mendiguez de nuestra fra-

gilidad, desnuda de todo bien, no tiene que aguardar al enemigo, que con el halago, le asalte los muros de la quietud, y desconfianza, que ésta es madre que a sus pechos la cría con buena leche de temor, y recelo, a aquélla el temor para defenderse de las ocasiones, y el recelo para poner en cobro el caudal, que Dios le hubiere fiado; tanto lo estaba en sola la piedad, y misericordia divina el buen Fr. Alonso López, que no pensaba en otra cosa, sino cómo darse a conocer por bajo, y inútil a todos, y como pagar a Nuestro Señor los beneficios que con él había obrado con el estado, y la nueva luz de especies claras con que iba ilustrando su entendimiento, no parecía sino que como un rayo de sol alumbrara al cristal de su conciencia, y que los átomos más leves eran monstruos que le hacían más disforme que lo material del cuerpo, y que para lo que de sí conocía, no había ejercicio de rendimiento que bastantemente le cumpliera, por el camino servía al compañero como si fuera su mozo alquilado— con tanta porfía que diciéndole el hermano corista varias veces: —padre, mire V.R. a su dignidad sacerdotal, y que yo vengo por su súbdito, y compañero, no trueque su respeto con mi obligación, déjeme a mí servir pues por tantas razones lo debo hacer, y respondíale con mucha apacibilidad el padre F. Alonso: —hermano mío, pues sabe que viene por mi súbdito obedezca, que yo le mando se deje servir, y no me prive de tanto gusto. Llegó antes a México la fama del sujeto, que la persona, así por lo que se sabía ya de su habilidad, como por el buen olor de su profunda humildad, que como más leve ella volaba, cuando él caminaba: cuando llegó a aquella Corte los prelados le recibieron con amor, y estimación, y los súbditos con más curiosidad le miraban de pies a cabeza, y como en todas las partes del talle le veían tan basto, unos le contemplaban monstruo, y otros asombrados veían debajo de aquel veril de fuente de cantos estaba recluso el diamante de tanto fondo de virtud e ingenio. Empezó luego a oír el curso de Artes, y en todas las lecciones, y conferencias se le ofrecían dificultades tan agudas que obligaba al lector siendo tan insigne sujeto como el docto P. M. Fr. Tomás Mercado, a doblar las vigias para satisfacer a las dudas del nuevo estudiante, y muchas lecciones, y artículos que tocan en Metafísica, y piden más ingenio las repetía en el general con singular comentario, e interpretación que ponía a todos en admiración, cuando argüía era con tanta sutileza de ingenio,

y tanta fertilidad de memoria en las citas del filósofo, y autores que lo interpretaban, que a un mismo tiempo equivocaba a los más entendidos sin determinar cual de las dos potencias se aventajaba a la otra, ya se oía en las escuelas el eco de su voz del extremeño, y acudían los más presumidos estudiantes a nuestros generales por desengañarse de lo mucho que se decía, y volvían confusos persuadidos que aquel asombro tenía más que humano ingenio, y podían con mucha razón entenderlo, porque la oración alcanzaba al estudio, y éste a las disciplinas ordinarias, y de ellas a comunicar a los padres de más espíritu que le dirigiesen, y gobernasen obedeciendo sus avisos, y consejos como de padres de su conciencia. El tiempo tenía tan metido y regulado de día, y de noche que no le sobraba un instante para diversión, ni ociosidad; el hábito el más raído, y remendado del convento con una pobreza tan voluntaria, que no cuidaba aun de lo más preciso, y necesario era para su sustento o vestuario enseñando al cuerpo a que se contentase muchos días con un mendrugo de pan y un jarro de agua. Ya eran sus acciones un despertador de la observancia regular para todos, y una religiosa emulación de ingenios el aprovechamiento espantoso del suyo; no había causa exterior de burla, o risa que se ocasionase en actos públicos la desproporción de su talle, que le alterase un indivisible; la quietud, la serenidad del ánimo resplandecía en lo amoroso y llano de las razones sin arte con que a todos trataba, y cuando las esperanzas tan bien fundadas de sujeto tan lleno de prendas prometían la gloria de estas provincias, le llamó Nuestro Señor para la eterna del cielo; dióle una fiebre maligna que vino con los filos desnudos de mortales accidentes, y aunque la robustez, y juventud del sujeto, podía desvelar del rigor que amenazaba, el enfermo se persuadió a que era medio para alcanzar el fin de su peregrinación, y destierro en este valle de lágrimas, y cuando se empezaran a soltar como raudales las de todos los religiosos, grandes, y pequeños, y darse el pésame de tan gran pérdida, él con alegre, y placentero rostro, se daba las enhorabuenas con tan público gusto que llegó un religioso que le amaba tiernamente, y le preguntó, que de qué se hallaba tan alegre con tan grave accidente, y le respondió: —padre aunque conozco que no he dado el primer paso en el servicio de Dios, es tan grande la confianza que por quien es me ha dado de su Misericordia en perdonar mis culpas, que no

puedo disimular el gusto; con él, y tiernísimos actos de humildad, recibió todos los Santos Sacramentos. El achaque caminaba con el paso ligero, los médicos se despidieron de poderle detener, y el enfermo doblaba los deseos de verse con su Creador; no perdía punto de meditar en los gozos de aquella patria celestial, ni acto de contrición que le pudiese asegurar de sus ansias, llegó la hora, y recomendándole el alma los religiosos, él la ofreció en la llaga del costado de un Santo Crucifijo con que estaba abrazado, y de allí la trasladó al descanso, y patria de los justos, por el mes de junio año de 1558, después de cuatro años solos de religión.